

Convergencia

Universidad Autónoma del Estado de México

convergencia@uaemex.mx

ISSN (Versión impresa): 1405-1435

MÉXICO

2005

Francisco Herrera Tapia

RESEÑA DE "ANTROPOLOGÍA, DESARROLLO Y EL DESAFÍO POSMODERNO"
DE KATY GARDNER Y DAVID LEWIS

Convergencia, mayo-agosto, año/vol. 12, número 038

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

pp. 407-412

Deconstruir el Desarrollo

Título: Antropología, desarrollo y el desafío posmoderno.

Autores: Katy Gardner y David Lewis.

Edición: El Colegio Mexiquense, A. C.

Número de páginas: 267.

Año: 2003.

Katy Gardner y David Lewis, ambos catedráticos de prestigias universidades inglesas y asesores en diversas agencias de desarrollo de su país, son autores de un libro indispensable para los estudiosos y practicantes del desarrollo en México. Esto, en primera instancia, por el carácter novedoso de la obra en la literatura sobre desarrollo existente en México; y segundo, y de más relevancia, porque plantea de forma clara el sistema de relaciones emergentes entre el desarrollo y la antropología como disciplinas complementarias, pero en ocasiones conflictivas y divergentes en lo tocante a sus dimensiones teóricas y prácticas.

Desde una perspectiva novedosa, el texto aborda los fundamentos básicos del desarrollo y pone especial énfasis en el quehacer de los antropólogos y otros profesionales en las actividades desarrollistas. La investigación constituye también una crítica a la práctica tradicional del desarrollo y retoma elementos centrales como el papel del Estado en el desarrollo, la pobreza, el poder, la reacción entre lo local y lo global, haciendo fuerte hincapié en la función social de las agencias de desarrollo internacionales. Además, el libro cuenta con varios estudios de casos en el mundo —ex colonias inglesas en su mayoría— que ilustran y detallan las principales problemáticas del desarrollo al llevar éste a la práctica comunitaria.

En *Antropología, desarrollo y el desafío posmoderno*, los autores nos invitan a reflexionar sobre un tema que no es exclusivo de la antropología, sino de las ciencias sociales en general. Se trata de la relación siempre difícil entre la teoría y la práctica, entre el trabajo

académico y el trabajo “ejecutivo”, es decir, la disyuntiva entre el ejercicio intelectual y la dimensión aplicativa. De ahí que se hable de una bifurcación disciplinaria entre una antropología *del* desarrollo y una antropología *para* el desarrollo. Aquí los autores resuelven esta situación apostándole a la ayuda que otorga la antropología al crear formas más benéficas en el pensamiento y en la práctica del desarrollo, estando dentro o fuera de él.

El documento aborda, con sus siete capítulos, las principales opiniones y debates contemporáneos entre los antropólogos y los profesionales del desarrollo (incluyendo los políticos), sobre los significados, prácticas y discursos del desarrollo. Mediante un esquema de análisis que deconstruye el desarrollo en el marco de las ideas posestructuralistas, y después de una revisión histórica del concepto de desarrollo, Gardner y Lewis afirman:

Utilizamos el término [desarrollo] en este libro para referirnos a los procesos de cambio social y económico que se han visto precipitados gracias al crecimiento económico y/o planes y políticas específicos, tanto a nivel del Estado, como en agencias de donantes o movimientos sociales indígenas. Estos procesos pueden tener efectos benéficos y desfavorables en las personas que los experimentan. El desarrollo es una serie de eventos y acciones, así como un discurso particular y un constructo ideológico (Gardner y Lewis, 2003:56).

El propósito de los especialistas no es promover el desarrollo por sí mismo, sino más bien cuestionar las relaciones sociales de la pobreza, a partir de la creación y aplicación de conocimientos antropológicos y contribuir al abandono de estados en los que a las personas se les niega el acceso a satisfacer sus necesidades materiales, sociales y emocionales de la vida. Es decir, borrar las desigualdades, la marginación y la nulificación política de los sujetos. De lo que se trata es de eliminar las asimetrías que existen entre el Norte y el Sur.

Las formas de pensar el desarrollo dentro de la antropología han evolucionado históricamente: en un inicio para la dominación colonial y posteriormente para la modernización y generación de identidades nacionales. De tal suerte que hoy en día el debate se centra en la validez de un desarrollo con dimensiones de aplicabilidad práctica, donde el antropólogo es uno de los agentes de cambio primordiales, al participar con las personas que trabaja (“que estudia”), forjándose así responsabilidades sociales que van más allá de las propias del claustro académico o de la investigación.

De acuerdo con Gardner y Lewis (2003:92) la antropología del desarrollo puede organizarse *grosso modo* de acuerdo con los siguientes temas:

- 1.Los efectos sociales y culturales del cambio económico.
- 2.Los efectos sociales y culturales de los proyectos de desarrollo (por qué fracasan).
- 3.Los discursos y operaciones internas de la “industria de la ayuda”.

Más adelante en la obra también encontramos algunos de los temas específicos y recurrentes en las esferas de la antropología del desarrollo como son los estudios de las migraciones de zonas rurales a urbanas, en el cambio agrícola, en el género y la mujer en el desarrollo, y otros tópicos que tienen que ver con los discursos y operaciones de la Organizaciones No Gubernamentales (ONG).

Los autores afirman que es posible que los antropólogos pueden revertir y reorientar el desarrollo, transformándolo a un discurso de posdesarrollo, en el que se abandonen aquellas ideas hegemónicas y estructuralistas que ubican a los países del tercer mundo, como cosificados, ordenados y controlados, sin otorgarles el menor margen de movimiento en la búsqueda de una mejor condición o adaptabilidad social.

Las nuevas orientaciones tendientes a transformar los discursos dominantes del desarrollo podrían ser usadas por personas no especializadas. Como apunta Escobar: la participación antropológica en el desarrollo es inherentemente comprometedora: los antropólogos aplicados son “comprados” por el discurso, reproduciéndolo y obteniendo beneficios de sus relaciones de poder. Y, por otro lado, aunque los antropólogos son en esencia relativistas culturales, las agencias de desarrollo y los gobiernos casi invariablemente están comprometidos con los preceptos universalistas del progreso.

En lugar de ser en su totalidad monolítico, estático y exhaustivo, proponemos que el trabajo de desarrollo comprenda una diversidad de perspectivas y prácticas en contrapeso, así como una multiplicidad de voces. La toma de decisiones y las políticas de desarrollo, son por lo tanto, menos sencillas y homogéneas de lo que uno podría llegar a suponer. Los antropólogos y otros profesionistas también pueden ayudar a descartar distintas cuestiones en la agenda de desarrollo y a formar discursos alternativos nuevos (Gardner y Lewis, 2003:128).

Gardner y Lewis no pretenden que los antropólogos deban convertirse en desarrolladores, ni que efectivamente opten por el cambio hacia el uso de un vocabulario ajustable al de las agencias donantes. De lo que se trata es de que las perspectivas antropológicas puedan ser adoptadas por varios actores, incluyendo las organizaciones comunitarias locales y las ONG. Hay que prescindir de las discusiones del desarrollo y enfocar los esfuerzos hacia las relaciones sociales, pobreza y desigualdad.

Desde estas premisas, es conveniente deslizarse hacia la desmitificación del concepto de desarrollo, ya que es condicionante en la apertura de nuevas formas de pensamiento sobre el abandono de las contradicciones y antagonismos de la condición humana; ya que el desarrollo puede interpretarse como una noción occidental para el ejercicio del poder y el control político enfocado a través del discurso que utiliza palabras poderosas pero a la vez ficticias: “moderno”, “avanzado”, “mejor”, “beneficioso”, etcétera. Estas formas verbales, sin lugar a dudas, contienen connotaciones y contenidos poco congruentes con la experiencia cotidiana que viven millones de personas, de allí la necesidad de repensar la sociedad bajo otro esquema filosófico más justo.

No es sorprendente que encontremos que muchos de los proyectos de desarrollo que se suponen exitosos se hayan dado en comunidades en las que desde un principio fueron consideradas sus estructuras e instituciones sociales preexistentes. Como se demuestra en los estudios de casos del libro, entre más se sepa de las dinámicas y de la organización de las sociedades, habrá mayores posibilidades de que no se origine exclusión o perjuicios a los grupos sociales de las localidades.

Las nuevas direcciones del desarrollo que manejan los autores se centran en el *desarrollo humano*, donde la participación social es fundamental para la consecución de un desarrollo justo y equilibrado. Dicha perspectiva nace como producto de los impulsos generados desde los movimientos sociales de la década de 1960 y 1970, así como en el marco de la crisis del Estado de bienestar y la caída de los grandes paradigmas explicativos de la modernización.

Para las décadas de 1980 y 1990 el llamado “tercer sector” se convierte en uno de los principales ejes articuladores del desarrollo manejando opciones viables a los enfoques convencionales del

desarrollo, todo con la idea de ocuparse de aquellas necesidades no resueltas por el mercado ni por el Estado. La industria de la ayuda y el altruismo se inserta en las dimensiones del desarrollo, y la influencia que tienen actualmente las ONG en la integración de las agendas políticas es innegable.

De acuerdo con los discursos actuales se pueden identificar tres acepciones sobre la participación social: *a)* la participación puede sólo referirse a un proceso en el que la información sobre un proyecto planeado queda disponible al público; *b)* la participación puede incluir actividades relacionadas con el proyecto, más que meros flujos de información; y *c)* las propias iniciativas de las personas. Esta última acepción es para algunos la que representa la verdadera participación, pues en ella los integrantes de los proyectos no son forzados a actuar por parte de agentes externos.

De estas formas de participación, es de singular relevancia la investigación de acción participativa (investigación participativa), la cual se conforma con lineamientos metodológicos en la idea de lograr el involucramiento directo de las comunidades. Dicha metodología va más allá al tratar de contribuir a la generación de un “empoderamiento” entre las personas que accesan a través de su participación activa, a una modalidad de conocimiento útil para su desarrollo. Esta participación indica que el principal objetivo del desarrollo es la satisfacción del impulso humano para el involucramiento creativo y, por lo tanto, no se centra en la mitigación de la pobreza, la satisfacción de las “necesidades básicas” o el cambio estructural como las metas inmediatas que deben emprenderse.

Dentro de estas nuevas definiciones y prácticas del desarrollo, ambos autores coinciden en apuntar la trascendencia de la relación teórica establecida entre el género y el desarrollo. Rescatando los trabajos de Esther Boserup, pionera en los estudios de la mujer, se esboza cómo la perspectiva de género ha sido incorporada a las políticas públicas de los gobiernos y las agencias de desarrollo. Asimismo se establece una clara distinción entre el *género y desarrollo* (GAD, por sus siglas en inglés de *Gender And Development*) y los enfoques de *Mujeres en el Desarrollo* (WID, *Women In Development*).

Los autores de antropología y desarrollo son optimistas cuando señalan que:

La contribución de la antropología hacia un cambio positivo del postdesarrollo es parte de un esfuerzo mucho mayor. Sin embargo, esto no significa que no vale la pena intentarlo. Como hemos propuesto a lo largo de este libro, el discurso del desarrollo es fundamental en la manera como representan y controlan el mundo quienes tienen más poder, y la antropología tiene mucho que decir al respecto. Como hemos visto, esta disciplina afirma que cualquier modelo causal orquestado del cambio social está condenado a excluir y, de hecho, reprimir la riqueza y la diversidad de las vidas de las personas. Hemos argumentado que la antropología no ofrece una fórmula sencilla para conseguir un cambio benéfico. La antropología no avala la existencia de un conjunto de herramientas prácticas que se apliquen como “medios para obtener fines” (Gardner y Lewis, 2003:248).

Finalmente esta obra publicada originalmente en 1996 representa un reencuentro con los estudios del desarrollo, en el que desde una perspectiva teórica y metodológica se nos invita a reflexionar sobre los caminos y derroteros del desarrollo, y, en particular, a saber cómo empezar la deconstrucción del mismo.

herreratapia2001@yahoo.com.mx

Francisco Herrera Tapia. Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, Centro de Investigación en Ciencias Agropecuarias.